

EL FENIX,

SEMANARIO VALENCIANO

DE LITERATURA, ARTES, HISTORIA, TEATROS, ETC.

PRECIOS.

EN VALENCIA.

Un mes. 4 rs.
Seis idem. 20

EN LAS PROVINCIAS.

Un mes, franco de porte 5 rs.
Seis idem. 26

PUNTOS DE SUSCRICION.

VALENCIA. — En la imprenta de Monfort, plaza del Temple, en las librerías de Luis Vicent y Casiano Mariana.

PROVINCIAS. — En las principales librerías, ó remitiendo, franca de porte, una libranza sobre correos, á favor de la Redaccion del FENIX.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

Publicacion de Novelas escogidas.

Deseosa la redaccion del *Fenix* de dar una prueba de aprecio á sus favorecedores, y convencidos de que la *Novela* es el género de amena literatura que mas prosélitos cuenta en el presente siglo, ha determinado proceder á verificar una publicacion de esta especie, con tal baratura, esmero y acertada eleccion que sobrepuje á cuantas de ellas se verifican en España y en el extranjero.

Los señores aficionados á esta clase de lectura obtendrán por muy módico precio tomos con abundante material, sin tener que sufrir el retraso que forzosamente experimentan con las publicaciones de esta clase, que van unidas al cuerpo de un periódico, pudiendo en muy poco tiempo reunir una biblioteca de las novelas mas célebres que salgan en el extranjero.

Las bases de esta publicacion son las siguientes:

1.^a Los dias 1.^o y 15 de cada mes un tomo de 200 páginas en 16.^o francés, de magnífico papel y esmerado gusto tipográfico.

2.^a Los tomos irán ya encuadernados, y con una cubierta de elegante papel de color, en que se imprimirá el título de la novela.

3.^a Los tomos serán llevados á casa de los señores suscritores.

4.^a El dia 1.^o del próximo Enero saldrá el primer tomo.

5.^a La redaccion del *Fenix* tiene pedidas á París y Bruselas las mejores y mas recientes novelas de Dumas, Soulié, Sue, Paul de Cook y demás célebres romancistas, y tiene preparadas para entrar en prensa las siguientes, que tanta sensacion y aplauso han ocasionado en Europa: *El Caballero de Harmental*, de Dumas.—*La Diligencia*, de Ricart.—*Una querida de Luis XIII.*—*El Caballero de san Jorge*, de Roger de Beauvoir.—*El Verdugo de Berna*, de Fenimore, Cooper, y otras.

La primera novela que se repartirá es *El Caballero de Harmental*.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN VALENCIA.

Para los suscritores al *Fenix*, cada tomo. . . 4 rs.

Para los que no lo sean, id. 5 rs.

EN LAS PROVINCIAS.

Para los suscritores al *Fenix*, franco de porte. . . 5 rs.

Para los que no lo sean. 6 rs.

Se suscribe en Valencia en la imprenta de Monfort y librerías de Luis Vicent y Casiano Mariana, y en las provincias remitiendo una libranza franca de porte.

NOTA. No se pagará nada adelantado: al entregar el tomo se satisfará su importe y siempre estará la cuenta clara.

OTRA. Atendida la mucha baratura de esta publicacion, necesitamos poder calcular acerca del número de ejemplares que han de imprimirse, por cuya razon rogamos á los señores que gusten suscribirse lo verifiquen para el dia 20 de este mes.

RECUERDOS DE VALENCIA.

Sagunto.



Entre las antigüedades dignas de atencion, y cuyo mérito artístico es reconocido por cuantos han frecuentado y examinado detenidamente los restos de Sagunto, se encuentra su teatro. Esta clase de edificios, que tuvo su origen en los griegos, y admitieron los romanos algunos siglos despues de su existencia; fueron creados en un principio para regularizar las diversiones de los labradores y clases subalternas del pueblo; reducidas en los primeros tiempos á los bailes, cánticos de pastores y aldeanos, mimos y otras farsas en que se procuraban representar algunos sucesos ocurridos dignos de imitarse; se fueron perfeccionando sucesivamente, debiéndose á este conato la composicion de las comedias, sátiras y tragedias, que representaron los griegos en sus teatros, destinados en tiempo á esta especie de juegos, que llamaron escénicos. Su construccion llegó á ser con una suntuosidad y aparato extraordinario; los griegos, entre quienes se conocieron los mas célebres arquitectos del mundo, hicieron ostentacion de sus conocimientos en la formacion de sus teatros; usaron el mármol y otros materiales preciosos, embelleciéndolos con lo mas rico de su famosa escultura: los romanos siguieron este egemplo en sus épocas florecientes, y no solo procuraron imitar sino competir.

Sagunto, en contacto con aquellos tiempos y generaciones ilustradas, mereció el honor de tener, dentro de sus muros, uno de tantos monumentos como honran el genio de la arquitectura de aquella época, si bien menor en sus dimensiones y cabida que los de los griegos y romanos. Las vicisitudes porque ha pasado aquella ciudad y la accion irresistible del tiempo, han destruido una gran parte del teatro saguntino, en términos de hacerse cuestionable, aunque no incomprendible, la distribucion mecánica de cada una de sus partes, el uso á que estaban dedicadas, y lo que es mas, hasta su orden arquitectónico; pero no siendo este nuestro objeto por ahora, nos limitaremos á reseñar su posicion topográfica bastante á despertar los recuerdos en que tanto abunda.

El teatro saguntino está situado al pie del castillo, dando vista á un hermoso valle, frente al septentrion y nacimiento del sol; el parage es cómodo, saludable y á propósito, sus aires los orientales y de Levante, frescos en el verano y templados en el invierno, defendido de los de Mediodia y Occidente por una montaña que le rodea, y en cuya cabilidad está construido, llenando en un todo los requisitos que para su salubridad son necesarios, segun la doctrina del célebre Vitrubio: tambien se descubre un espaciosísimo trozo de mar, que deleita con las recreaciones que ofrece el tránsito, no interrumpido, de las embarcaciones que le surcan en todas direcciones, y una verde campiña que espresa á la vista del espectador lo que apenas puede describirse; es un delicioso y frondoso jardín. Están realizadas en él todas las perfecciones mas completas que el arte conocia en dias tan privilegiados, pues hasta la percepcion clara y sonora de la voz está procurada y se oye en todos sus ángulos, como hubo ocasion de conocer y probar en las representaciones que se hicieron en él en Agosto y Setiembre de 1785, y aun en el dia se percibe exactamente la voz á una distancia de 210 palmos castellanos, que es la que media desde la escena hasta la última grada que existe encima del pórtico superior; ventaja no conseguida en nuestros teatros modernos, en los que mas ó menos desaparece la voz en términos de no ser perceptibles desde los puntos mas distantes algunos puntos.

Todo él es de piedra azulada pequeña, mas prolongada que cuadrada, y tan perfectamente unidas que la argamasa parece una fundicion de la misma piedra; el graderío es de estensas losas segun indican sus restos, consta su fachada de 464 palmos, se dejan conocer la escena, el proscenio ó cúlbito, el portscenio y la orchestra, que eran las partes en que se dividia el teatro antiguo, y en las que, segun su orden, se presentaban al público las figuras ó decoraciones alusivas á la representacion, se colocaba la música y sus coros, se representaba, se egecutaba la tramoya y se bailaba: el teatro era semicircular y se daba este nombre, especialmente á la gradería en que se colocaban los concurrentes; por manera que el saguntino puede decirse que comprende exactamente todas las partes principales de que debia constar una obra de su clase. Se conserva una parte del edificio suficiente á comprender sus dimensiones, su género y distribucion. La estrechez de un artículo, y la imposibilidad de reducir á demostracion cuanto puede decirse sobre los restos que íntegros ó mutilados se conservan, nos impiden ser tan minuciosos como pudiéramos y como acaso tendremos el gusto de ser en otra ocasion, siendo suficiente lo

demostrado para acreditar que á nuestra vista existe aun un monumento, debido indudablemente á los romanos, digno de estudio y de grandes consideraciones artísticas, históricas y aun políticas.

F. DE P. A.

El Sargento y la Beduina.

El 25 de Junio, despues de media noche, salimos de Argel con una fuerza de cinco mil hombres y una batería de artillería de campaña, bajo el mando del general Bartherène, y nos dirigimos por el camino de Bli-dah, sobre la Mitidja, donde establecimos nuestro campamento al pie del Atlas menor. Al día siguiente subimos á la mitad del monte sin mas obstáculos que los que nos ofrecían las quebras y precipicios de aquel monte casi inaccesible, y cuando llegamos al sitio en que está situado el Medeah alto, fuimos recibidos por los tiros de muchos centenares de beduinos, pero los dispersamos sin gran trabajo, y entramos en el pueblo, abandonado ya por la mayor parte de sus habitantes, y por todos los hombres capaces de llevar las armas. El general intimó á los gefes de las hordas comarcanas, que habian rehusado someterse hasta entonces, que le enviaran embajadores con su declaración de obediencia y su tributo, sopena de arrasar sus habitaciones, y privarlos de todos sus bienes. Algunos obedecieron y se sometieron, pero insistiendo la mayor parte de ellos en su enemistad contra nosotros, salimos de Medeah el 1.º de Julio para ir á incendiar y devastar las mieses y campos de diez tribus que habian despreciado la intimación, y habiéndolo efectuado así, volvimos con una insignificante pérdida á Medeah, desde donde, á la mañana siguiente, tomamos otra vez el camino de Argel. El general Bartherène tuvo la precaución de colocar dos batallones, uno en el paso de Tenca, y otro en la Alquería de Aga, para cubrir nuestra retirada, y cuarenta tribus reunidas que se hallaban en la cima de la montaña, intentaron, en vano, detener nuestra marcha.

Era preciso pasar por un largo desfiladero, en el que por espacio de tres horas no podíamos marchar sino uno tras otro, y este fue el sitio que escogieron nuestros enemigos para atacarnos con formalidad. En él era imposible toda evolución, y de nada nos podían servir los cañones, que se hacía preciso trasportar, cargados en mulas, porque la senda era tan estrecha que no se hubieran podido colocar en ella las cureñas. Los beduinos, á cubierto de nuestras balas, detrás de los peñascos y monte bajo que acompañaban la senda á derecha é izquierda, nos hacían un continuo y constante fuego con sus fusiles casi dos veces mas largos que los nuestros y de mucho mayor alcance. Nuestra retaguardia fue la que mas sufrió, y muerto el capitán que la mandaba, y ostigados y acosados sus soldados por el enemigo, tuvieron un momento de desorden que se comunicó al batallón inmediato, mas á poco tiempo ensanchó el camino y pudimos tomar la ofensiva.

Nos hallábamos en un barranco rodeado de peñascos y malezas, por donde pudimos marchar en columna, y poner en batería nuestros cañones, y no viendo ya ningún enemigo, creímos que se habian vuelto á sus aduares y que nos dejaban caminar en paz; mas sin embargo, se enviaron por precaución cortos destacamentos de tiradores por las alturas y matorrales de los dos lados del camino, y á mí se me dió orden de marchar por la izquierda con doce tiradores de mi compañía, para seguir el ejército á alguna distancia. Así que nos colocamos en nuestro puesto, en la retaguardia, caminamos, con increíbles fatigas, por un suelo pedregoso y abrasador, por entre peñascos, canteras, zarzales y malezas, con el sol de fuego del Mediodía, siguiendo siempre á cierta distancia el cuerpo de ejército. Despues de una hora de los mas inauditos esfuerzos, y en el instante en que perdía de vista el ejército, oculto detrás de una muralla de peñascos, y en que mis tiradores me acababan de perder á mí en un bosque de olivos bastante espeso, me vi de repente atacado por doce ó quince beduinos, que cayeron sobre mí de improviso, me arrojaron al suelo sin movimiento, y acribillado á sablazos, durante un corto combate en que en vano llamé en mi ayuda á los míos. Los enemigos me hubieran probablemente cortado la cabeza si en aquel momento no hubiesen descubierto, á alguna distancia, á nuestros soldados, quienes me dijeron despues que habian visto algunos beduinos en el bosque, pero sin sospechar siquiera lo que me habia sucedido.

Muchas horas permanecí bañado en mi sangre, porque cuando recobré el sentido el sol se hallaba ya á corta distancia del horizonte. Débil en extremo por la pérdida de sangre y por el dolor de las heridas, devorado por una sed ardiente, separado de mi cuerpo, en un país desconocido sin caminos abiertos, y rodeado de enemigos sedientos de venganza, me hallé en la situación que cualquiera se puede figurar; mas no perdí, sin embargo, enteramente la esperanza. Felizmente los enemigos, con su precipitada fuga, me habian dejado mis armas, pues hasta uno de ellos que se habia querido llevar mi fusil lo habia tirado á pocos pasos. Mi primer cuidado fue desgarrar la camisa para vendarme las heridas, que por fortuna no habian atacado ningún órgano; en seguida cargué el fusil y me encaminé, no sin sufrir grandes dolores, en la dirección que llevaba el ejército, habiéndome servido de mucho mi frasco de aguardiente, tanto para lavar las heridas como para reanimar mis abatidas fuerzas. Eché, pues, á andar lo mas aprisa que pude en seguimiento de las tropas, que me debían llevar, por lo menos, cinco horas de delantera; cuando habiendo andado apenas un cuarto de legua, vi, con grande espanto, salir de detrás de los peñascos tres hombres armados, á caballo, que corrían hácia mí á todo escape y con el yatagan levantado. Aquel era el momento de hacer uso de toda mi presencia de espíritu.

Como venían uno tras otro, á la distancia de veinte ó treinta pasos, tuve tiempo para hacer fuego sobre el primero antes que llegara el segundo, y la dicha de acertarle y verlo caer á tierra muerto. Cuando llegó el segundo le acometí con la bayoneta y herí al caballo en la cabeza, y como el animal con el golpe se encabritara, herí mortalmente al jinete en el costado izquierdo. El tercero, que me habia disparado inútilmente el fusil y una pistola, no estaba mas que á cinco pasos de mí, cuando al ver caer al otro de su caballo, volvió el suyo al momento, y se salvó á escape dando el espantoso grito de *El-mout! El-mout!* Los dos caballos sin jinetes, al ver huir al tercero, lo siguieron con la rapidéz del rayo antes que me pudiera apoderar de ninguno de ellos, dejando á sus dueños

tendidos en tierra y bañados en su sangre. El que cayó primero podría tener unos cincuenta años, con una cara venerable, aunque lúgubre y feroz, y una larga barba gris, y las profundas arrugas que surcaban su rostro denotaban, al parecer, un guerrero intrépido y un marino viejo. El otro apenas podia tener 28 años y estaba con todo el brillo de la juventud y la hermosura; un bigote negro sombreaba ligeramente su labio superior, y tanto el color de su cara como sus vestidos, indicaban que era hijo de una familia rica y criado en la ciudad. A su lado estaba caído su turbante blanco, y su albornoz, de lana fina, entreabierto por la sangre, dejaba ver una magnífica túnica turca bordada de oro y unos anchos calzones encarnados que le llegaban á las rodillas, sujetos al cuerpo con un cinturón bordado de perlas, de que colgaban dos pistolas con adornos de plata. No pudiendo perder tiempo, y conociendo que tenia bastante que hacer con llevarme á mí y á mis efectos de equipo y armamento, no me atreví á cargar ni con las armas ni con la ropa de los dos muertos; mas no pude, sin embargo, resistir á la tentación de llevarme el cinturón y las dos pistolas del mas joven, que me podían ser útiles en el camino. Me las coloqué, pues, bien sujetas, debajo de un capote, y temiendo verme perseguido por el tercer jinete que habria ido, probablemente, á buscar refuerzo, emprendí mi marcha con presteza y precaución.

Cuando no se conocen bien estos países, es casi imposible adivinar el sitio en que uno se halla, y elegir la buena dirección en medio de los cien caminos que se cruzan en todos sentidos entre las peñas y malezas, y así fue que no tardé en perder las huellas del ejército, y que me vi precisado á seguir á la ventura el camino que creí conducía á la Mitidja y al mar. Me parecía que si lograba llegar á la llanura, estaba á salvo, sin reflexionar que allí era precisamente donde corría mas riesgo por parte de los beduinos; mas todos mis esfuerzos para salir de la montaña fueron inútiles. Siempre encontraba nuevos peñascos, y á cada instante nuevas alturas; todos los manantiales y arroyos estaban secos, no hallaba agua con que apagar mi ardiente sed, y hácia media noche me sentí ya tan cansado y abatido, que sin curarme de los riesgos que me rodeaban, y de los mayores, aunque me aguardaban al ser de día, iba á tender en el suelo mis fatigados miembros, tal vez por la última vez de mi vida, cuando de repente veo un claro ó abertura en el bosque. Corro á él al momento, y con gran satisfacción mia, descubro, al fin, enfrente y allá abajo, la llanura de Mitidja, y mas á lo lejos el mar rodeado de un velo de tinieblas.

Muchos fuegos que vi brillar en la llanura me pareció que debían ser de nuestro campamento, y reanimado con esta consoladora ilusión, empecé desde luego á bajar la montaña para reunirme al ejército antes que se pusiera en marcha. Desde la altura me habia parecido la distancia al campamento de media hora á lo mas, ¡pero cuánto me engañaba! una hora necesité para llegar al pie de la montaña, porque mas de diez veces tuve que dar rodeos para evitar una roca puntiaguda, ó una quebradura que me interceptaba el paso. Así que llegué, por último, al llano, ya no supe qué dirección tomar, porque todos los fuegos habian desaparecido de mi vista desde que bajé de lo alto; tuve, pues, que seguir al acaso el camino que me pareció mejor, y no tardé en perderme de nuevo.

Algunas horas anduve perdido sin encontrar ni una habitación, ni un arroyo, atormentándome en el mas alto grado la sed, el cansancio y la desesperación, hasta que percibí á lo lejos la débil claridad de una luz. Sin ocurrírseme ni aun remotamente el riesgo, muy probable de caer en manos de los enemigos, me di prisa á marchar en la dirección de la luz, y llegué á dos miserables cabañas construidas de paja y rodeadas de un cercado alto de cactus. Apenas encontré la entrada de aquel rancho, se precipitaron sobre mí una porción de perros ladrando horrosamente, y en el mismo instante salió de la choza donde ardía la luz una figura blanca de muger, que se vino á mí con los brazos abiertos, y que dando en seguida, y de repente, un grito de espanto echó á correr hácia la cabaña. Yo corrí tras de ella y le supliqué, enseñándole mis heridas, y tartamudeando las pocas palabras árabes que habia aprendido, que me diera un vaso de agua y algun alimento.

Así que ella vió mis heridas y lo estenuado que estaba, se llenó de compasión, me dió leche y pan, y mandó á una esclava negra, que habia salido de la otra choza, que me mudara las vendas, y permaneció largo rato sin hablarme palabra, lo cual me pareció natural puesto que no sabia mi lengua. Mas en el momento que cediendo al cansancio y al sueño, que podían en mí todavía mas que el hambre y la sed, me tendí, ó mas bien, me dejé caer sobre un montón de paja, empecé, con gran sorpresa mia, á hablarme en muy buen francés, suplicándome, con instancias, que me levantara al momento y saliera de la cabaña, porque su vida y la mia estaban en el mayor peligro mientras permaneciese allí. Mi marido, me dijo, salió ayer con los gefes de las tribus vecinas para atacaros en vuestra retirada de la montaña: me advirtió que volvería esta noche, y por eso no me he acostado aguardándolo; y como es ya tan tarde, no puede dejar de venir dentro de poco tiempo. ¿Qué será de ti si te encuentra aquí, tú que eres francés y perteneces á esa detestada nación á que ha jurado odio y venganza, y si te encuentra en la habitación de su muger, á quien vigila con el amor mas celoso? Sin duda ninguna vendrán con él otros dos gefes mucho mas sanguinarios y mas exasperados que él contra vosotros, y que aun cuando yo consiguiera probarle mi inocencia, é inspirarle compasión, no nos perdonarían ni á ti ni á mí. Toma, pues, estos víveres, que te puedo dar, y ponte en salvo lo mas pronto que puedas: voy á enseñarte el camino que debes tomar para reunirte con los tuyos, y sino los puedes alcanzar esta noche, en el bosque estarás al menos mas seguro que aquí.

En vano prodigaba aquella muger sus palabras y finisimas razones para obligarme á huir: yo ni tenia fuerza para levantarme, ni tampoco para sacudir el sueño que se apoderaba de todos mis miembros; mi razon y mi prudencia me habian abandonado, un oscuro velo ofuscaba mi inteligencia y debí quedarme dormido. Cuando desperté era ya de día muy claro, la muger estaba sentada á mi lado, y me observaba con atención, y á juzgar por las yerbas y brebajes que vi junto á mí, me habia prodigado los mayores cuidados durante mi letargo. Pude tambien convencerme del grande interés que le inspirara por la alegría que vi en sus ojos, brillantes como dos estrellas debajo de su velo blanco, cuando volví en mí. Algunos instantes la estuve mirando con mudo asombro, mas acordán-

dome de pronto de mi situación, me puse en pie para dar las más sinceras gracias á mi bienhechora, y libertarla después con mi pronta marcha del peligro en que la ponía mi presencia. Pero antes de partir quise, y debía saber, como una francesa (que tal la creía por su lenguaje) se hallaba en aquel sitio muger de un moro.

«Me habeis salvado la vida, le dije, y así no atribuyais á vana curiosidad, sino más bien al interés que me inspira mi agradecimiento, el ardiente deseo que tengo de saber las particularidades de vuestra situación, y las circunstancias que os han traído á ella.»

La muger me respondió que le parecía muy natural mi deseo, y lo iba á satisfacer brevemente á causa del temor que tenía de ver llegar á su marido; y en seguida, sin dejar de mirar continuamente con recelo hacia la puerta del cercado, donde había apostado de centinela á la negra, me contó en pocas palabras lo que sigue: Que era hija de un negociante rico de un pueblo de la Provenza, que habiéndose embarcado con su hermano menor para ir á ver al mayor que estaba en Malta, el buque en que iban había arribado á las costas de Argel de resultas de una tempestad, y tanto ella como toda la tripulación habían caído en poder de corsarios; que á ella la había comprado en el mercado de las esclavas de Argel un moro rico, hijo de uno de los primeros visires del Dey, que la había hecho su única muger, y que después de haber peleado tenazmente contra los franceses había abandonado la ciudad así que ellos la tomaron, y tres grandes casas que poseía, para refugiarse en aquel sitio solitario donde vivía con la esperanza de que los franceses serían muy pronto arrojados de Argel con el auxilio del bey de Constantina y de los árabes sus aliados. Me hizo al mismo tiempo una pintura tan patética de la ternura y consideraciones con que Alí su marido la había tratado siempre, del afectuoso interés con que la había procurado consolar de verse lejos de su patria, haciéndole agradable su situación, y sobre todo del noble carácter y seductora figura de su señor y dueño, que la creí sin dificultad cuando me dijo que solo el amor que le tenía la hubiera podido decidir á permanecer entre aquel grosero pueblo, mas bien que reunirse á sus compatriotas y volver á su patria.

«He hecho todo cuanto he podido, añadió, por arrancar del pecho de Alí su ciego odio á cuanto lleva el nombre de cristiano, y con especialidad á la nación francesa, y por convencerlo de la necesidad de someterse voluntariamente al yugo más humano de nuestra nación, y hace mucho tiempo que lo hubiera conseguido, sino vinieran continuamente otros gefes crueles y bárbaros á reanimar su pasión por la guerra y su ambición, y á arrastrarlo con ellos. Esto fue lo que sucedió ayer, me había dado palabra formal de que esta vez no iría á batirse, pero lo vinieron á buscar dos gefes de las tribus de la montaña, el viejo corsario Kedua-Ibu-Gheyen y Kadissido-Mohamet-el-Hadji, lo entusiasmaron con lo glorioso de la empresa, y le hicieron ser perjuro á la promesa que me había hecho. En vano lo estoy esperando desde anoche, y ya me figuraría que le había sucedido alguna desgracia, sino estuviera en la creencia de que lo ha detenido la Providencia para salvarle á ti, y mis inquietudes por su muerte las ha calmado la alegría de poderte ser útil, mi bueno y valiente compatriota.»

«Protectora generosa de mi vida, le contesté sorprendido con lo singular de sus aventuras y el heroísmo de su amor, ¡oh muger la más noble de todas! ¡que por amor y gratitud á tu marido no titubeas en seguirlo al desierto, entre tribus salvajes y crueles, en una miserable choza, donde no solo no se encuentra ninguna de las comodidades de la vida, sino ni aun la vida misma está segura! ¡Oh! ¡feliz, mil veces feliz el hombre que te posee! ¡Feliz yo también por haber descansado bajo tu hospitalario techo, y poder celebrar tus beneficios! No por recompensarlos, sino porque te recuerde alguna vez la memoria de un hombre que no te olvidará nunca, pongo en tus manos un presente, que ayer recibí junto con su vida de un moro, contra quien defendí la mía.»

Al mismo tiempo saqué de debajo del capote el rico cinturón bordado de perlas, y se lo entregué diciéndole: «las pistolasson un regalo para Alí, á fin de que cuando sepa mi estancia aquí, conozca también mi gratitud y admiración. Deseo que no se sirva de ellas contra nosotros.» Apenas vió aquella muger el cinturón y las pistolas, dió un grito y cayó al suelo sin sentido: yo la cogí en brazos, y para que pudiera respirar con facilidad le alcé el velo que por respeto á la ley no se había quitado un solo instante desde mi llegada. Lo que entonces vi y sentí se lo puede figurar cualquiera cuando.... pero detengámonos.... debo ser prudente. Baste saber, continuó el sargento, después de escupir y tomar un polvo, que encantado de su hermosura le di un beso, que le hizo recobrar el sentido.

«¿Con que eres tú el asesino de mi marido? fueron las primeras palabras que pronunció volviendo á abrir sus hermosos ojos, y dirigiéndome una mirada terrible. ¿Con que te he recibido bajo mi hospitalaria casa para recompensarte un asesinato? ¿Es cierto lo que me dice este cinturón bordado por mis manos para Alí? ¡Ah! espícatelo sino me quieres matar á mí también.»

Entonces referí con la mayor verdad á la linda francesa el suceso que me había hecho dueño del cinturón, y le hice una exacta descripción del hombre que lo llevaba: ella se convenció de que el más joven de los dos que había yo muerto no podía ser otro que Alí, y se entregó á un dolor tan vehemente, que casi deseé no haber defendido mi vida en aquel encuentro. Hice en seguida cuanto pude por consolarla, y por justificarme al mismo tiempo, mas me dijo que este último empeño era inútil: «Habeis hecho lo que pocos hubieran hecho en vuestro lugar, pero lo que todos hubieran intentado hacer para defender su vida: habeis muerto vuestros enemigos no cobarde y rateramente, sino en un encuentro en que eran tres contra uno. No creais que os aborrezco; si lloro á mi marido, os aprecio y admiro al contrario como un soldado valiente que hace honor á su patria: pero tened compasión de mí, y perdonad las lágrimas que derramo por la suerte del que por espacio de tres años supo hacer que lo amara cada día más, tanto por los atractivos de su persona, como por sus virtudes, y al que solo le faltó una educación cristiana para haber sido el modelo de su sexo.»

Después de dicho esto se quedó profundamente pensativa, hablando consigo misma en árabe, ó dirigiéndome á mí las más tiernas expresiones que le había dicho muchas veces á Alí, recapitulaba todos los títulos que este tenía á su amor. Yo creí no deber perturbarla en esta efusión de sentimiento, y me salí de la choza al cercado, en donde la negra continuaba

siempre de observación; pero dudando que esta pudiera ofrecer á su desgraciada ama consuelos más eficaces que los míos, y temiendo que su presencia le fuese más importuna que agradable, creí que era lo mejor no decirle nada de lo acaecido, y la dejé tranquila en su puesto: mas como viese de repente á lo lejos una cosa parecida á un hombre á caballo galopando, corrió á la choza á prevenir á Elisa. (Este es el nombre cristiano que corresponde al nombre árabe Fatnie.)

Lo que la negra y yo también habíamos creído en el primer momento un hombre á caballo, era solo el caballo del gefe esperado en valde, que cubierto de sudor y solo, se volvía á casa de su amo, y desde luego lo conocí por la herida que le había hecho en la cabeza. Si á Elisa le hubiera podido quedar la menor duda de la verdad de mi relato, había debido desmayarse al ver aquella viva y maravillosa prueba. Iba ya á pedirle que se viniera con sus compatriotas, cuando espontáneamente me dijo ella, que tal era su resolución en los términos siguientes: «como ya te lo he manifestado, solo mi profundo cariño y gratitud á mi bienhechor y marido pudieron obligarme á huir de Argel para retirarme á estos ásperos sitios: la ternura de Alí únicamente me los ha hecho agradables, y solo por amor á él y porque sabía que no podía vivir sin mí, olvidaba, ó por mejor decir, me esforzaba á olvidar mi patria, mi pueblo y mi familia. Ahora que lo he perdido nada tengo ya que hacer aquí, se han roto los vínculos que me ligaban á esta tribu, y antes que ser esclava de un cruel beduino, quiero volver con los que son mis hermanos por el lenguaje, la religión y las costumbres. ¿Quieres ser el protector de la viuda de Alí, que te enseñará el camino para que te reúnas con los tuyos?»

«Hermosa criatura, exclamé arrodillándome delante de ella y agarrándole una mano para besarla, no solo está mi brazo á tus órdenes, sino toda mi humilde persona, tal como la ves á tus pies. Haz lo que quieras: pronuncia una palabra, y escalaré el Atlas mayor, y marcharé á Fomboncton para traerte los colmillos del elefante blanco, ó me sumergiré en las profundidades del Océano para buscar allí las piedras más preciosas. Estoy pronto á hacer cuanto quieras exigir de mí, hasta el sacrificio de mi vida.»

«No deseo tanto, me contestó, y estoy muy lejos de tener semejantes caprichos. Lo único que te pido es que te finjas mi hermano, y que tengas conmigo los sentimientos y consideración de tal: por lo demás no te apures, porque sabe que aunque beduina, no soy mendiga.»

Dicho esto levantó una piedra cuadrada que estaba en medio de la choza oculta bajo un montón de paja, y sacó un pesado talego lleno de monedas de oro y plata, y me añadió: «En Argel encontraremos todavía más.»

En seguida mandó á la negra que cargara en una mula todo cuanto tenía de valor; echamos por delante una manada de ovejas que pastaban no lejos de allí guardadas por un pastor árabe, la negra subió en la mula seguida de los perros, y yo envuelto en un albornoz viejo de Alí para mayor seguridad, después de haber ayudado á la bella francesa á montar en el fiel caballo, me coloqué detrás, y emprendimos el camino de Argel.

Cerca de mediodía era cuando por una feliz casualidad alcancé el cuerpo expedicionario, que para reponerse de sus extraordinarias fatigas había acampado en efecto en la llanura, donde la noche anterior vi yo brillar los fuegos. No poco se sorprendieron oficiales y soldados al verme volver con tan extraña compañía, después de haberme inscrito en la lista de los 63 muertos ó extraviados, siendo 192 el número de heridos: pero mucho más me sorprendí yo, cuando vi á mi compañera, que mientras estaba satisfaciendo la egecutiva curiosidad de mis camaradas reunidos á mi alrededor, se arrojó dando un grito de alegría en los brazos de un soldado joven de los Zuavos, con quien había hablado antes. Este soldado era el hermano de Elisa, que vendido así como ella en el mercado de los esclavos, había sido conducido á otro punto por un amo, á quien sirvió de jardinero, y de quien su hermano no había podido adquirir la menor noticia, á pesar de todas las diligencias hechas por Alí. Cuando la toma de Argel había sido emancipado como un gran número de esclavos, y alistado en el cuerpo de infantería ligera, vestido á la turca, aunque compuesto de europeos, turcos y árabes, con cuyo batallón que se llamaba de Zuavos, había hecho también la expedición de Medeah. ¡Qué excesivo fue el júbilo de estos tiernos hermanos al volverse á encontrar!

Así que supo el general mi vuelta me mandó llamar, igualmente que á Elisa, para saber de nosotros mismos nuestra historia, y nos ofreció, á Elisa que si encontraba en Argel las posesiones de Alí, le daría la mitad de ellas, y á mí me obtendría la cruz de honor. Pero las casas que había poseído Alí en Argel estaban ya en poder de la regencia y habían sido vendidas á vil precio á grandes personajes, y su viuda tuvo que contentarse con la mitad del tesoro que sabía estaba enterrado en un sitio escondido de la casa en que habitaba; lo cual, unido á lo que ya poseía, bastó para libertar del servicio á su hermano, que estaba ya cansado de la vida militar, y á mí que prefería una muger fiel y una subsistencia segura á las vicisitudes de la guerra, y á la incierta gloria de una cruz de honor.

Pocos días bastaron para que se estrecharan nuestras relaciones, y al poco tiempo me dió la hermosa Elisa su corazón y su mano, á despecho de sus muchos adoradores. Así que se curen mis heridas, que se han vuelto á abrir por lo mal que se cerraron primero, dejaré á Argel para ir con mi muger y su hermano á buscar en Provenza, no más felicidad, sino una vida más agradable y tranquila.

T. de J. G. C.

EUGENIO SUE.

Mr. Eugenio Sue nació en París el 10 de Diciembre de 1804. Fueron sus padrinos la emperatriz Josefina y el príncipe Eugenio Beauharnais. La antigua familia Sue, establecida hace siglos en Lacolme, cerca de Cannes, en la Provenza, se halla todavía allí representada por Mr. Sue, oficial superior retirado, tío segundo del escritor.

El bisabuelo de Mr. Eugenio Sue, llamado Pedro, su abuelo José y su padre Juan José fueron médicos y cirujanos afamados. El segundo de estos dejó escritos apreciables de anatomía y á él debe la escuela médica francesa la difusión de la patología de Gaubius que sucedió á la de Bo-

herhave. El padre del novelista, autor de varias obras, primer médico de la guardia imperial en la campaña de Rusia, y también del rey después de la restauración; fue honrado con la amistad íntima de la emperatriz Josefina, Franklin, Moreau y todos los grandes personajes de la época consular, é hizo donativo á la academia de bellas artes de una magnífica colección de anatomía comparada y de objetos de historia natural, formada por su familia durante cuatro generaciones de médicos, y que como un museo de gran precio forma una de las galerías de aquel edificio.

Mr. Eugenio Sue, por voluntad de su padre, se dedicó á la carrera de la medicina; y fue con el tiempo agregado en calidad de cirujano al colegio militar del rey, al estado mayor del ejército que en 1823 invadió la España, y después, y en la misma campaña, al 7.º regimiento de artillería, hallándose por esta causa en el sitio de Cádiz, la toma del Trocadero y la de Tarifa. En 1824, dejó el servicio de tierra por el de mar; hizo muchos viajes á América, y después de haber recorrido las Antillas, volvió al Mediterráneo y visitó la Grecia. En el año 28 se halló en el combate de Navarino, en el buque de guerra el *Breslaw*; pero finalizada esta campaña, y habiendo renunciado al servicio y á la medicina, cuyo ejercicio no tenía atractivo alguno para él, regresó á París, donde merced á los recursos que le proporcionó la herencia paterna, pudo pasarlo cómodo y brillantemente. Su ocupación favorita después de sus diversiones era la pintura, que estudiaba con su amigo Gudin.

En 1830, un antiguo camarada de artillería dijo á Sue: «Las novelas de Cooper han puesto el Océano á la órden del día; harías bien en escribir tus recuerdos de á bordo y crear en Francia la novela marítima.» Agradó la idea al autor; tiró el pincel; tomó la pluma y publicó *Kernock el Pirata*. Hallando la cosa entretenida, y estimulado por el buen resultado continuó escribiendo con la fantasía de una imaginación viva y fecunda, de modo que fueron apareciendo sucesivamente multitud de obras que pueden clasificarse por el órden siguiente:

Novelas marítimas: *Kernock el Pirata*, *Plick y Plock*, *Atar Gull*, *la Salamandra*, y *el Vigia de Koatven*. Historia Marítima: *Historia de la Marina francesa en tiempo de Luis XIV*. Compendio de la *Historia de la Marina militar de todos los pueblos*. Novelas históricas: *Latreumont*, *Juan Cavalier*, *Letorières* y *el Comendador de Malta*. Novelas de costumbres: *Arturo*, *La Cucaracha*, *Dyleytar*, *La casa de Lambert*, *Matilde* etc.

— Dramas: *Latreumont*, *la Pretendiente*, y muchos otros melodramas de gran efecto.

Novelas filosóficas y sociales: *Los Misterios de París*, *El Judío Errante*.

Las primeras obras de este escritor anuncian una imaginación exenta de preocupaciones, una naturaleza simpática y ardiente. En medio de la fantasía del novelista, á veces junto á la misma paradoja, se reconoce siempre al atento observador que ve en su derredor el mal y prueba el triunfo de la perfidia y de la violencia. En el novelista descuidado hay aun el sentimiento vago de la suversion social: el instinto, en fin, de un alma generosa inspiró á Sue su hermosa obra, *los Misterios de París*.

Ha dicho este escritor, y repetido cien veces, que debe la principal idea de aquel libro á los consejos de una crítica benévola: rasgo, en verdad, nada comun de modestia y generosidad. Pero es lo cierto que desde el primer capítulo, y antes que voz alguna se hubiera dirigido en al-

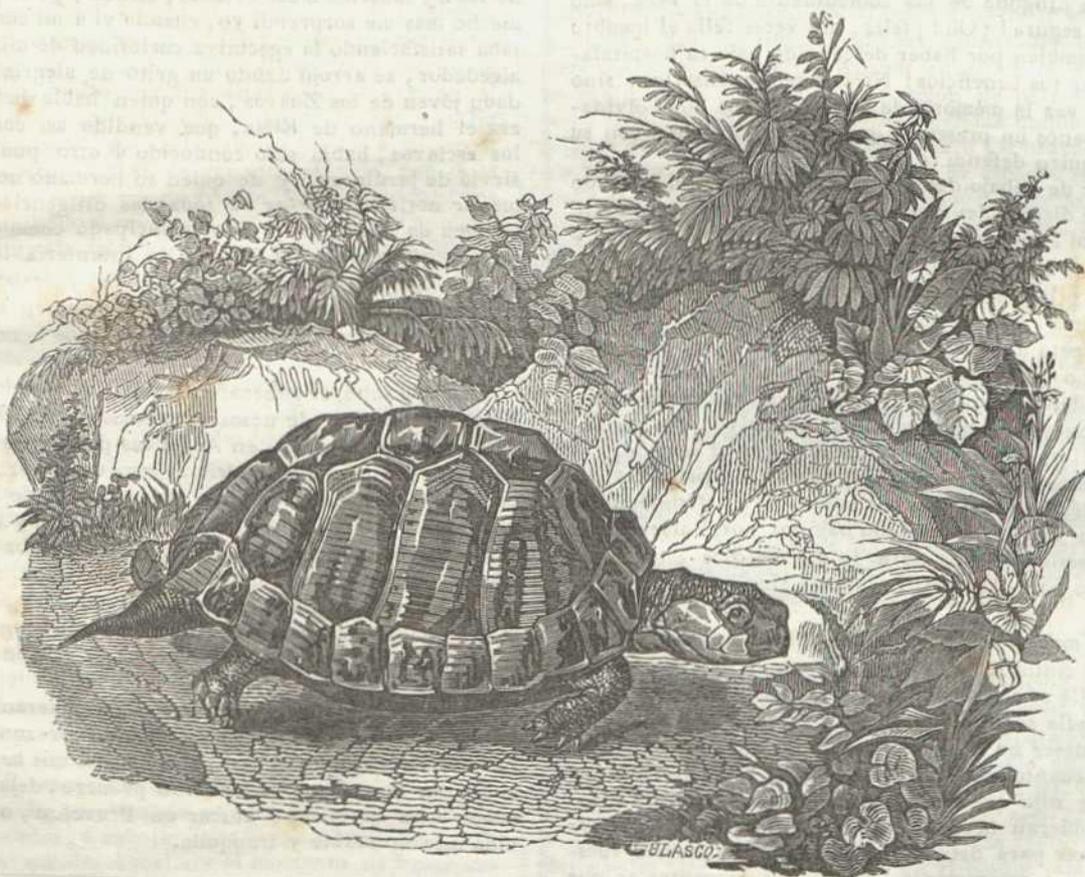
banza del escritor, daba á conocer, por el análisis de la caída de Chourineur, una estremada fecundidad de crítica. Tal vez ningun otro estudio en todo el curso del libro es mas profundo que aquel; quizá ninguno espone mas sabiamente los vicios de la sociedad actual, ni ofrece una indicación mas clara del camino para la verdadera reforma. En el momento en que el autor del *Judío Errante* va á entrar en la cuestion de la organización del trabajo, no tiene que hacer otra cosa que poner delante de sí este primer bosquejo de la figura de Chourineur.....

Mr. Eugenio Sue, habita en la parte alta del barrio de san Honorato, una pequeña casa, entapizada con enredaderas y flores que forman una bóveda en el peristilo. Su jardín está deliciosamente cuidado, perfumado y fresco: una fuentecita susurra entre las peñas y los juncos. Una larga galería cerrada, entapizada con esculturas y plantas conduce desde la casa á una pequeña puerta exterior, oculta bajo una roca artificial. La habitación se compone de tres pequeñas piezas un poco ahogadas y oscuras por las enredaderas y las flores que caen sobre las ventanas. La sillería es encarnada con relieves de oro; el aposento de dormir mas claro, y con adornos azules. Los muebles, en número crecido, se amontonan, no sin confusión, entre espesos tapices. Hay allí un poco de todos los estilos, el gótico, el renacimiento, las fantasías francesas. Las paredes del salon engastadas de menudas y vistosas piedrecitas, están ocultas por mil objetos del arte, cómodas, curiosidades diversas, pintura y escultura, retratos de familia, obras maestras, trabajos de artistas modernos, amigos suyos. Preciosos floreros, regalo de amistades femeninas, cubren las consolas: uno de ellos es un obsequio de una persona real. Por todas partes descuellan nombres gloriosos: Delacroix, Gudin, Isabey, Vernet.... Admirase en un cuadro un dibujo de Mme. de Lamartine, con versos del ilustre poeta; y en sitio privilegiado, entre los primores del salon, una pintura sobre el caballete, que representa un *anacoreta* de Isabey, de efecto terrible, singular contraste en aquel pequeño templo de la voluptuosidad, donde todo exhala un suave perfume, parecido al saludable olor de los cueros de Rusia.

Los caballos y los perros que Mr. Sue ha preferido están pintados por él ó por Mr. Alfredo Dedreux haciendo compañía al que en otro tiempo los acariciaba escitando el recuerdo de su amistad. En el vestíbulo y entre los instrumentos y trofeos de caza, un lobo y un ave de rapiña domesticados, y queridos en su tiempo, están disecados y como vivos en la casa de su señor. Dos magníficos galgos, regalo de lord Chesterfield, tienen cómodo albergue en el fondo del jardín. Mil dorados faisanes y palomas torcaces revolotean libremente sobre el césped, y van todas las noches á posarse sobre las ventanas y bajo las gradas, cual dos centinelas del umbral y elegantes y tiernos amigos de la casa.

Visitando esta morada, cuya entrada nos facilitó un amigo en la ausencia de su dueño, adivinábamos fácilmente los rasgos de su carácter, la pasión del lujo y de los esquisitos placeres, juntamente con los recuerdos del retiro y de la meditacion; el gusto delicado por las bellas artes, el atractivo de la naturaleza en su bella rusticidad, el cariño á los animales y á las plantas. Guiábanos un criado llamado Lorenzo, que en el espacio de quince años no se ha separado un momento de Mr. Eugenio Sue; siendo de esta manera el elogio de las cualidades de un sirviente y quizá también del señor á cuyo servicio se consagra.

(Constitucional de París.)



AVENTURAS DE UNA TORTUGA, POR ALEJANDRO DUMAS.

Traducción libre.

Pasaba yo un día del año 1830 por un almacén de comestibles que solía visitar muy á menudo, cuando vi á un inglés que examinaba minuciosamente una tortuga, sin duda para hacer con ella una *turtle soup* al momento que hubiese adquirido su propiedad.

La resignación con que el desdichado animalito se dejaba examinar sin esconder la cabeza y las patas bajo de la concha, para sustraerse á la mirada cruel y gastronómica del inglés, me afectó y me decidí á evitar que su sepulcro fuese la olla, para lo cual entré en el almacén, y gui-

ñando el ojo de una manera muy significativa á la tendera, le pregunté si me guardaba la tortuga que la vispera le había encargado. La tendera me comprendió con la prontitud peculiar á esta clase de gente, y tomando la tortuga de manos del inglés me la entregó, diciéndole al propio tiempo con un acento inglés muy fuerte:

— Con permiso, milord, esta tortuga está ya vendida desde ayer al señor.

— ¡ Ah! me dijo el llamado milord en buen francés, es decir ¿que este

encantador animalito os pertenece á vos?

— *Tes, yes*, milord, respondió la tendera.

— Muy bien, muy bien, continuó él: es un rico bocado y siento que no haya otro en el almacén para llevármelo yo.

— Mañana tendremos, replicó la tendera.

— Mañana no lo necesitaré yo para nada, dijo el inglés con frialdad: tengo arregladas ya mis cosas para tirarme un pistoletazo esta noche, y desearía comer antes una sopa de tortuga. Dicho esto me saludó con mucha cortesía y salió.

— Que diantre, dije yo, después de un momento de indecisión, un hombre tan cortés bien merece que se le satisfaga su último capricho.

Y salí del almacén gritando ¡milord! ¡milord! pero no sabía hacia dónde había echado milord, y mis gritos y mis miradas fueron inútiles.

Volvíme á casa pensativo; por hacer bien á una bestia había sido cruel con un hombre: esta idea me hizo maldecir del mundo en que no se puede hacer bien á uno sin perjudicar á otro; embebido en estas reflexiones llegué á mi casa, subí los cincuenta y siete escalones que había entre la calle y un tercer piso en que estaba mi habitación, y dejé mi compra en el suelo sobre la alfombra.

Al momento que el animalito conoció que estaba en tierra firme, quiso darme una prueba de su ligereza dirigiéndose hacia la chimenea, con una velocidad tal que la valió el nombre de Gacela: así que llegó á la chimenea se esforzó en atravesar el enrejado de alambre que la impedía llegar hasta el fuego, pero al cabo de un buen rato conoció que era trabajo perdido, y se resolvió á establecerse allí pasando la cabeza y las patas delanteras por entre los claros del alambre. De este modo escogiendo por gusto para dormir una temperatura de cincuenta ó cincuenta y cinco grados de calor, me hizo pensar que bien fuese por vocación particular, bien por fatalidad, estaba destinada á morir asada, y que no habría hecho mas que variar el modo de su muerte arrebatándosela al inglés para traerla á mi cuarto.

Para que no le sucediese nada en mi ausencia llamé á mi criado.

— José, le dije, ten cuidado de ese animalito.

Miróla él con curiosidad y dijo:

— ¡Ah! ¡una tortuga! es animal de mucha resistencia, capaz de sufrir el peso de un carruaje.

— Sí, ya lo sé, pero no es necesario que hagas la prueba.

— No creáis que se haría daño, añadió José empeñado en desplegar á mi vista sus conocimientos en historia natural. ¡Quí! ni aunque pasase por encima de ella una diligencia.

— Ya sé, le dije, que la tortuga de mar puede soportar gran peso, pero esta es de agua dulce y muy pequeña....

— ¡Quí! señor eso no importa, estos animalitos son cuanto mas pequeños mas duros, y lo que es sobre ese, pasaría un carruajón cargado.

— Está bien, está bien, cómprale lechuga y caracoles.

— ¿Caracoles? el amo que yo tenía antes de entrar á servir al señor tomaba caracoles hervidos, caracoles fritos, caracoles de mil modos, porque estaba enfermo del pecho, y á pesar de eso....

Salí sin acabar de oír el cuento; pero en la escalera me acordé de que me había dejado los guantes y subí por ellos, abrí la puerta y vi á José que no me había oído subir, y con el un pie sobre la tortuga y el otro en el aire probaba si el animalito podría sostener las ciento veinte libras que pesaba.

— ¿Qué haces ahí?

— No os lo había dicho yo, respondió satisfecho con haberme probado parte de su tema.

— Dame los guantes y no vuelvas á tocar la tortuga.

— Aquí están, señor, pero no tengais miedo, lo que yo hacia es lo mismo que nada para un animal que soportaría el peso de una diligencia, sin que....

Salíme á toda prisa de la habitación, pero José salió detrás á cerrar la puerta diciendo entre dientes:

— Si lo sabía yo, estos animales tienen una resistencia que ya, ya....

No es necesario ser muy torpe para conocer que pasaría por encima de ellos un cañón cargado de metralla, sin que....

Felizmente el ruido de la calle no me dejó acabar de oír la frase, ó por mejor decir, la muletilla de mi criado.

Ya era muy entrada la noche cuando volví á casa, abrí la puerta y á pocos pasos sentí una cosa que crujía bajo mis pies, di un salto y percibí el mismo crujido: llegué á creer que habían dejado algunos huevos sobre la alfombra; aproximé la luz.... eran caracoles.

José me había obedecido; había comprado lechugas y caracoles y lo había puesto todo con la tortuga en un cesto en medio del cuarto; los caracoles, bien fuese por gozar del ambiente caluroso, bien por temor á la tortuga, habían asomado los cuernecitos y emprendido su marcha en diferentes direcciones, lo cual atestiguaba el rastro plateado que se veía sobre la alfombra, en los muebles y la pared.

La tortuga se había quedado en el cesto, no habiendo podido trepar por los bordes: pero algunas cáscaras vacías me convencieron de que la fuga de los israelitas no había sido tan rápida que le hubiese impedido pescar á algunos antes de que atravesasen el mar Rojo.

Al momento empecé á pasar revista á todo aquel batallón que manobrabra en guerrillas por el cuarto, y luego cogiéndolos uno á uno los metí en el cuartel, cuya tapa dejé caer sobre ellos.

A poco rato conocí que con semejantes elementos me sería imposible dormir, pues hacían un ruido como si se hubiesen metido unos cuantos ratones en un saco de nueces, y me decidí á dejarlos en la cocina, lo cual hubiera hecho á no ocurrírseme que dejando al buitre en medio de las palomas me iba á encontrar á Gacela el día siguiente muerta de una indigestión, inconveniente que solo podía remediar poniéndola en una cuba que tenía el fondista del piso bajo en el patio para poner los pescados que compraba vivos, ó para trasladarlos allí desde su estanque, alojamiento á propósito para una tortuga de agua dulce y que le di inmediatamente muy contento con la buena proporción que se me había presentado.

Al día siguiente me despertó José muy temprano.

— Vaya un lance, señor; me dijo al momento que abrí los ojos.

— ¿Qué lance?

— El que ha pasado con la tortuga.

— ¿Qué ha hecho la tortuga?

— Tal vez no lo creereis, pero es tan cierto como que yo soy José; se ha salido del cuarto, no sé cómo, ha bajado los cincuenta y siete escalones, no sé de qué modo, y se ha metido en la cuba del fondista ¡qué sé yo cómo!

— Majadero, bien podías haber adivinado que la bajé yo anoche.

— Ah! pues entonces tendreis que pagar nueve francos.

— ¿Por qué?

Porque se ha comido una tenca que pesaba tres libras.

— Sube la tortuga y un peso.

Mientras que José salió para traer lo que le había pedido cogí el Buffon y busqué el artículo tortuga para saber si este reptil comía pescado: Buffon decía así:

«La tortuga de agua dulce prefiere las aguas estancadas: ataca á todos los pescados indistintamente, aun á los grandes: los hiere en el vientre, y cuando han perdido toda su sangre los devora sin dejar mas que las espinas, la cabeza y la vegiga natatoria que sube las mas veces á flor de agua....»

— Voy viendo que tiene razon el fondista y que habré de pagarle la tenca, dije yo.

En esto entró José con el reo en una mano y el peso en la otra.

— Eso ya lo sabía yo, dijo mi criado, estos animalitos comen mucho, sobre todo pescado: sino ¿cómo habían de poder aguantar el peso de una diligencia? Por eso son tan fuertes los marineros, porque no comen mas que pescado.

— ¿Cuánto pesaba la tenca?

— Tres libras, y el fondista pide nueve francos.

— ¿Y la tortuga se la ha comido toda?

— Enterita. No ha dejado mas que la espina, la cabeza y la vegiga del aire.

— Está bien. Mr. de Buffon es hombre que lo entiende. Sin embargo.... tres libras.... me parece mucho.

La puse en la balanza: pesaba, con su concha, dos libras y media.

De este experimento resultaba, sino que Gacela era inocente á lo menos que había cometido el atentado que se le imputaba con un pescado de menor volumen, en lo que convino el fondista contentándose con cinco francos.

La noche siguiente la pasó en mi cuarto sin que ningun incidente turbase su tranquilidad ni la mia.

Al amanecer entró José en mi cuarto, cogió la alfombra que había al pie de la cama, abrió la ventana, la sacó fuera y se puso á sacudirle el polvo; pero de pronto dió un grito y se quedó asomado mirando hacia abajo.

— ¿Qué es eso? pregunté desde la cama.

— Ah! Señor! que he sacado la tortuga envuelta en la alfombra y la he tirado á la calle inadvertidamente.

— ¡Majadero! dije yo saltando de la cama.

— ¡Oiga! dijo José mirando á la calle, ¡si está comiendo una hoja de lechuga!

En efecto, el animalito, que por un instinto de conservación natural había escondido todo el cuerpo bajo de la coraza, había caído sobre un montón de estiércol, lo que había disminuido en gran parte el golpe de la caída, luego había asomado la cabeza y encontrando al lado una hoja de lechuga se la comía con tanta serenidad como si no acabase de caer de un tercer piso.

— ¿No lo decía yo, señor, no lo decía yo? repetía José en el colmo de la alegría, esos animalitos tienen una resistencia que aunque pasase por encima de ellos una diligencia....

— Está bien, ve y súbela antes de que se la lleve algun aficionado.

Mientras José fue por ella pensé yo que el capricho que tuve de quitarle la tortuga al inglés me había valido ya muchos sobresaltos, y al recordar las aventuras de los caracoles y de la tenca, desapareció mi entusiasmo, y resolví enviársela á un amigo mio hombre muy aficionado á toda clase de animales, y el cual estaba seguro de que apreciaría mi regalo. Al efecto me vestí para salir, y bajé estrañando mucho que José no hubiera subido aun.

Lo encontré en la calle explicando á un grupo de curiosos la resistencia de aquellos animales.

Le di mis órdenes, y de este modo me vi desembarazado de la tortuga.

R. F. M.

El señor D. Víctor Balaguer, autor del drama titulado Tercera parte del Zapatero y el Rey, nos ha dirigido la siguiente carta:

«Mi apreciable señor mio: En la redacción del *Genio* (periódico literario de esta capital) del cual soy indigno director, he leído una revista teatral firmada por la *Mosca*, é inserta en el núm. 8 de su apreciable periódico, correspondiente al 24 de los corrientes. En ella se habla de mi primera composición dramática la *Tercera parte del Zapatero y el Rey*. Reconozco en el autor de la indicada revista profundos conocimientos para juzgar las obras dramáticas que se ponen en escena, pues he visto bien patente su imparcialidad en varios artículos que he tenido el gusto de leer firmados con el mismo seudónimo de la *Mosca*, pero yo desearía, señor director, que me hiciese V. el obsequio de manifestarle algunas razones que en apoyo de mi drama, tan sin piedad por él criticado, me sugieren mis pobres conocimientos.

En primer lugar me detendré poco en lo que dice de *no poder competir ni aun figurar al lado de mi rival*. Jamás ha sido mi intención competir con el primero y mas grande de nuestros poetas, pues siempre me he contentado con admirarle y estudiarle. Por osadas que hayan sido mis intenciones jamás hubiera podido creer que se me dirigiese semejante inculpación. El *genio de Zorrilla* es demasiado grande para tener rivales; podrá tener émulos, pero no rivales. Yo bien sé que fue una temeraria empresa empezar mi carrera dramática con una obra, que quizá ahora no emprendería, pero para juzgar imparcialmente de las razones que á ello me condujeron, debería descender á particularidades que no estoy por ahora en disposición de revelar. Quede, pues, sentado aquí que jamás ha sido mi intención la que indirecta y gratuitamente me supone el articulista de teatros de su periódico, y lo que mas puede apoyarme es la dedicato-

ria de mi drama al señor de Zorrilla, que adjunta le remito para que me haga el obsequio de insertarla en las columnas del *Fenix*.

De una manera un poco agria me dice el espadado articulista que es una *licencia poética que raya en desenfreno* suponer que el embajador moro envenene á D. Enrique de Castilla con unas chinelas ó borceguies. En esto no me he separado en nada de la historia. Es verdad que he supuesto á Blas Perez embajador del rey de Granada, pues así me convenia para el enlace de mi argumento, pero ninguna duda puede haber de que D. Enrique fue envenenado por los borceguies que un moro le diera. Muchos y conocidos historiadores pudieran citar que corroborarian lo que acabo de decir, pero para no ser difuso me contentaré con transcribir tan solo lo que dice sobre este asunto el conocido y respetable padre Mariana.

«Persuadió á un moro (el rey de Granada) que con muestra de huir de Granada se pasase á Castilla, y procurase dar la muerte al rey. El moro era sagáz como la pretension lo pedia: procuró ganar la gracia del rey ya con servicios á propósito, ya con ricas joyas y preseas que le presentaba. Entre los demás presentes le dió unos borceguies á la morisca, muy vistosos y primorosos, pero inficionados de veneno mortal. Así lo atestiguan autores muy graves: conseja á que dió crédito la dolencia que desde que se los calzó le sobrevino, que en diez dias le acabó en la misma ciudad de santo Domingo...» *Mariana, lib. XVIII, cap. II.*

Otros historiadores hay que afirman haber fallecido el mencionado rey de muerte natural, pero ¿qué mucho que yo me haya abalanzado á la opinion de los mas, si esta opinion servia para mis fines y apoyaba mis planes?

Esto es tan solo á lo que me ha parecido debía contestar, dejando aparte otras cosas de menos monta, y á buen seguro que si el dicho articulista se hubiera contentado con criticar, aunque hubiese sido mas agriamente, mi temeridad y arrojo, á buen seguro, digo, que me hubiera guardado de contestar, pues conozco mi imprudencia, la cual no ha dejado de proporcionarme algunos disgustos.

He visto con placer que el mencionado escritor elogia á los actores que tomaron parte en la egecucion de mi drama, y esto me basta para que quede eternamente agradecido á todos y á cada uno en particular.

En fin, señor director, concluiré suplicándole, en nombre de la franqueza literaria que entre ambos debe mediar, por hallarnos ambos á dos egerciendo iguales destinos, que me haga el inapreciable obsequio de insertarme en su periódico la adjunta dedicatoria al mas grande de nuestros poetas contemporáneos, pues yo creo que ella por sí sola bastará á borrar las desagradables cuanto gratuitas suposiciones que algunos pueden haberse permitido sobre mi carácter, mi carácter emprendedor por esencia y que mas de una vez me ha arrastrado á palenques de los cuales el honor me ha impedido después huir.

Si V. lo juzga oportuno desearia se sirviese tambien insertar esta mi manifestacion en su periódico, ó cuando no, abandono á su delicadeza el modo cómo debe V. obrar."

A D. JOSÉ ZORRILLA

DEDICÁNDOLE EL DRAMA.

TERCERA PARTE DEL ZAPATERO Y EL REY.

¿Por qué se atreve altanera
La avecilla cariñosa
A subir á la alta esfera,
Donde muerta silenciosa
Sabe solo que le espera?

¿Por qué se lanza atrevida
Y audaz las alas estiende,
Tras el águila temida
Que altiva los aires hiende
Cual ráfaga embravecida?...
¿Por qué se viste amorosa
Del orgullo con las galas
Y se afana cautelosa,
Si el sol quemará sus alas
Cual quema su faz hermosa?...
¿Estraño poder del hombre!
¿Cual la avecilla se afana,
Sin ver que tan solo gana
Aunque hoy alcance un buen nombre
Olvido para mañana!

¿Presuncion y vanidad
Es tan solo el corazon,
Y aunque así sea en verdad
Es tan bella la ilusion,
Tan dura la realidad!
¿Qué hace el hombre en esta vida?
Tras un ensueño se lanza,
Tras una ilusion mentida,
Que aunque falsa la esperanza
A seguir tras sí convida.

Y entre soñar y sufrir,
Y entre gemir y llorar,
Quiere el hombre descansar
Y cansado de dormir
Va en la tumba á dispartar.

Tú pues que águila altanera
Cruzas inmenso el espacio,
Y habitas en el palacio
Que tu genio te formó,
Tú que alcanzaste esplendente
En el mundo y en la historia
Una corona de gloria
Que el hombre á tus pies rindió;

Un destello de tu genio
Presta al vate que te admira,
Al que en ti, Zorrilla, mira
Un coloso del saber,
Al que pretende afanoso,
Aunque haya en ello osadía,
Ser tan solo en algun día
Átomo de tu poder.

¿Mas qué importa?... de la luna
Con afan siguen las huellas
Las luminosas estrellas
Que reflejan en la mar.
Y aunque esbeltas y lijeras
Siguen su camino errante,
Su luz vaga y delirante
Jamás pueden alcanzar.

Por eso yo me estasio
De tu genio en la alta esfera
Y te sigo en tu carrera,
Y vate del suelo Español;
Sigue audaz en tu destino,
Yo con asombro te miro,
Que á ser yo tan solo aspiro
Satélite de tu sol.

Victor Balaguer.

Da la coincidencia de que el director del *Fenix* y la *Mosca* son una

misma cosa, y por lo tanto tenemos una complacencia en insertar íntegro un escrito que revela el talento y la modestia del joven y aventajado poeta catalán. Sentimos que nuestra severa imparcialidad haya dado lugar á esta manifestacion del señor Balaguer; y lejos de impugnar las juiciosas y sentidas razones con que debilita nuestra crítica, esperamos con razon de su aventajado talento, una nueva coyuntura en que prodigarle los merecidos elogios que para sus futuras obras debe prometerse, el que puede presentar por primer ensayo, un drama como el que ha dado lugar á estos renglones.

Rafael de Carvajal.

AMISTAD.

Si hay un placer en la vida
Que el corazon satisfaga
Cuando la ilusion perdida
El triste pecho no halaga
Con su belleza mentida;

Si hay mas goces que obtener
En este mísero mundo
despues ¡ay! de conocer
El mas precioso y fecundo,
El amor de una muger;

Si hay otra dicha mayor
Que respirar el aliento
De un labio que pide amor
Y cada vez mas sediento
Lo pide con mas ardor;

Si resta mas que apurar
Tras sentir un corazon
Junto al nuestro palpitar
Al fuego de la pasion
Que le agita sin cesar;

Si tanta dicha perdida,
Si tanta ilusion borrada
Reemplazar puede en la vida
Alguna dicha preciada
Aunque jamás tan cumplida;

A la amistad solo es dado
Placer tan encantador,
Y es como puerto anhelado
Que encuentra el pecho cansado
De las tormentas de amor.

P. García Cadena.

REVISTA TEATRAL.

Lo de arriba abajo: nada tenemos que añadir al juicio que al ponerse por primera vez en escena hicimos de esta composicion. La egecucion ha sido esmerada por parte de los actores, y la concurrencia al teatro numerosa. La gente está por las cosas al revés, cosa muy frecuente en nuestra patria.

El Delator ó la berlina del emigrado: drama-novela, lleno de interés en mas de una ocasion, y de inexactitudes y despropósitos en las mas. No creemos que merezca los honores de un detenido exámen. Fue bien desempeñado por los actores, distinguiéndose el señor Montañó y el señor del Rio.

Gaspar el ganadero: repeticion. Esta linda comedia sale perfectamente, y los señores Lugar y del Rio contribuyen eficazmente á ello, secundados por los demás actores.

Cada cosa en su tiempo: juguete muy lindo y aplaudido siempre que se ha puesto en escena.

El Maniquí: el señor Parreño hace perfectamente esta pieza y tambien el señor Orgáz.

No podemos hablar de *Hernani* por tener que entrar en prensa nuestro número con mas premura que otras semanas. Sentimos tener que dejarnos en el tintero el *Honor castellano*, pero otros lo colocan en peor lugar, y esto siempre es un consuelo.

Para beneficio del señor Montañó se pondrá en escena *La Infanta Doña Galiana*, del señor Rubí. — *El Peluquero en el baile*, traduccion del francés, y *Juicios de Dios*, tambien traduccion de los señores Cadena y Belza. Le anunciamos aplauso, y dinero, que es mejor.

La Mosca.

ALCANCE.

Con el número de hoy concluye la interesante novela *QUERUBINO Y CELESTINO*, y en el próximo daremos principio á otra, no menos linda, del mismo autor, cuyo protagonista es otro célebre bandido italiano, llamado *PASCUAL BRUNO*.

MATERIAS QUE CONTIENE ESTE NÚMERO.

Advertencia importante: publicacion de Novelas escogidas.— *Recuerdos de Valencia: Sagunto*, por D. F. de P. A.— *El Sargento y la Beduina.*— *Eugenio Sue.*— *Aventuras de una tortuga*, por Alejandro Dumas, traduccion libre, con grabado, por D. R. F. M.— *Remitido y poesia*, de D. Victor Balaguer.— *Amistad*, de D. P. G. Cadena.— *Revista teatral*, por la Mosca.— *Fin de Querubino y Celestino*, por D. R. de Carvajal.

EL TIO VIVO.

Periódico de extravagancias, de risa y llanto, de verdades y mentiras, de rarezas y costumbres, de bellas y feas artes, de literatura, teatros, bullicio y gresca: redactado al gusto del día por los mas festivos literatos de España, bajo la direccion de

D. J. M. Villergas y D. A. Neira de Mosquera.

Esta amena, interesante y baratísima publicacion se publica desde el 1 de Diciembre en el acreditado esta-

blecimiento Union literaria y comercial, que cuenta con las mejores plumas de la capital. Novelas, cuentos, epigramas, artículos de viajes, poesias, biografias, secretos de artes y oficios, artículos de historia é industria y críticas literarias son el objeto de este interesante periódico. El número primero contiene los artículos siguientes:— *Los dos tios*, por el Tio Fidel.— *Carta de una dama rendida á un galán desdichado*, por D. Juan Martinez Villergas.— *El hombre-monedá*, por D. Antonio Neira de Mosquera.— *Allá va eso*, por Abenamar.— *Epigrama* por D. Miguel A. Príncipe.— *Columpios.*— El

Tio Vivo saldrá en dos pliegos de papel marquilla con muchísimo lujo de grabados y caricaturas el día 1 y 15 de cada mes.

Los que se suscriban por todo un año solamente pagarán, tanto en Madrid como en las provincias, 20 rs.: los que lo hagan por medio año 15: los que se suscriban por meses pagarán en Madrid cada mes 3 rs. y en las provincias, franco de porte, 4.

Se suscribe á esta publicacion en la imprenta de José Mateu Cervera, en la de Gimeno y en la administracion de correos.